11140

UNA AVENTURA DE ALFIERI,

DRAMA EN UN ACTO

DE

D. CARMELO CALVO Y RODRIGUEZ.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1869.

3

UNA AVENTURA DE ALFIERI.

UNA AVENTURA DE ALFIERI,

DRAMA EN UN ACTO

DE

D. CARMELO CALVO Y RODRIGUEZ.

Estrenado con aplauso en el Teatro del Recreo la noche del 11 de Octubre de 1869.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
BLANCA	STA. DOÑA TRINIDAD VEDIA.
ALFIERI	SR. D. RAMON MARISCAL.
MARLIANO	SR. D. FRANCISCO LOPEZ.
CELINI	SR. D. JOSÉ BANOVIO.

La accion pasa en los baños de Albano en 1788.

Este drama está sacado de un episódio francés.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A DON VICENTE IBAÑEZ Y FERRANDO.

Á tí debo el que este drama se haya puesto en escena. Olvidado hace muchos años en el cajon de mi mesa, es posible que, sin el interés que te tomaste desde que te lo leí, hoy continuase en el mismo sitio. Lo ménos que puedo hacer, pues, es dedicártelo en justa correspondencia, y como testimonio de la buena amistad que te profesa

Carmelo

608623

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/unaaventuradealf00calv

ACTO ÚNICO.

Salon de conversacion en los baños.—Puerta al fondo y laterales. En primer término, y á la izquierda del actor, un tocador; á la derecha, una ventana.—Sillones, mesas, etc.—Todo convenientemente distribuido por la escena.

ESCENA PRIMERA.

ALFIERI y CELINI, sentados junto á una mesa.

CELINI. Á fe mia, mi querido Alfieri, no esperaba tener el placer de encontraros por aquí.

ALF. Este es el lugar de un enfermo.

CELINI. En efecto; os encuentro cambiado; estais mucho más pálido que de costumbre. ¿Habeis consultado con los médicos?

ALF. Sí.

CELINI. ¿Y qué os han dicho?

ALF. Lo de siempre. En el invierno me prometen la curacion para el verano próximo; en el verano me la prometen para el invierno; los médicos de Milan me aconsejan que tome los aires de Nápoles, y los de Nápoles que tome los aires de Milan. Yo me dejo conducir, hago lo que quieren, y así se va acabando tranquilamente mi vida.

CELINI. ¡Vaya una idea! ¿creeis que así se muere á vuestra edad?

ALF. Alguna vez.

CELINI. ¡Bah! apuesto cualquier cosa á que estais pensando contínuamente en la prediccion de vuestra vieja hechicera.

ALF. ¿Y acaso voy desacertado? No tenia más que doce años, cuando esa mujer me anunció todo lo que me ha sucedido despues. Me advirtió que dejaria el Piamonte, que seria poeta y que mi nombre seria celebrado.

CELINI. Y á más dijo, que moririais á los treinta y cinco años. ¿Quién no conoce esa historia? Sobre esta prediccion, habeis escrito un soneto que toda la Italia sabe de memoria; pero ¡qué diablo! vos teneis demasiado talento para ser supersticioso. ¿Quereis saber lo que os mata? Pues es vuestro aislamiento. Mirado á buena luz vos no estais enfermo.

ALF. Así me lo han asegurado los médicos, y no obstante, siento morirme poco á poco.

CELINI. ¿Por qué no os distraeis? cuando dejasteis á Milan, teniais la idea de emprender un viaje: yo os creia en España.

ALF. En ella estuve.

CELINI. Tambien queriais visitar la Francia...

ALF. Efectivamente, tambien la visité.

CELINI. La Alemania...

ALF. De ella vengo.

CELINI. Pero ¿vos venis de todas partes?... Á la verdad, sois un viajero activo; mas si visitais los paises al galope de vuestro caballo, no habreis visto nada.

ALF. Perdonad; he visto montañas, caminos, ciudades, y en medio de todo esto, muchos hombres que se agitaban para no hacer nada.

CELINI. ¿Pues qué habeis encontrado de notable?

ALF. Tres instituciones que son dignas de mencion; las baquetas en Alemania, la policía en Francia y la inquisicion en España.

CELINI. Vamos, siempre el mismo; un misántropo perfecto: y lo cierto es, que no comprendo la razon. Si alguno debia estar satisfecho de su suerte sois vos: todos nuestros teatros se estremecen con los aplausos que prodigan á vuestras obras; la Italia entera tiene los ojos fijos en vos; sois noble, rico, jóven todavía, ¿qué más podeis desear para ser feliz?

ALF. ¿Quién sabe?... Algo que tal vez posea el último de los que me envidian; una dicha ignorada, una casita oculta entre los árboles y una mujer que me ame.

CELINI. Y todo eso, ¿quién os impide tenerlo?

ALF. ¿Quién?... Vos olvidais que la casualidad ha hecho de mí un hombre célebre, y un hombre célebre es un animal raro que todos quieren ver. Busco en vano la sombra, y es preciso que viva constantemente en pleno dia y en representacion, que es peor. Todo el mundo se cree con derecho de escudriñar hasta los actos más indiferentes de mi vida, y mis libros son una especie de lacayos que van por todas partes delante de mí pregonando mi nombre. Desde que me dí á conocer al público, ¡adios libertad! todos se ponen de puntillas para verme por encima de la espalda de su vecino. En mi presencia las mujeres se callan por temor, ó se manifiestan por vanidad. Todas esas miradas que arrojan sobre mí, me hacen sufrir; así que, no pudiendo distinguir la simpatía verdadera de la curiosidad, guardo silencio y me aburro de fastidio. Se me cree altivo cuando no soy más que desgraciado. ¡Ah! pobre y oscuro, podria creer en el interés que se me manifiesta, en tanto que ahora dudo siempre de la sinceridad de un afecto, y no sé jamás si es á mí ó á mi posicion á quien se ama.

CELINI. ¡Já, já, já!... Está visto; sois desgraciado como un rey.

ALF. Podeis reiros, si os place, pero esta es la verdad.

CELINI. Ved, pues, la injusticia de la suerte: á vos, la celebridad que habeis adquirido os hace daño, y yo, que me afano por conseguirla, trabajo en vano.

ALF. Esa es falta vuestra; vos no haceis nada meditado, ni que tenga importancia.

CELINI. ¿Y cómo quereis que lo haga? ¿no sabeis que estoy á las órdenes de un empresario que me obliga á escribir tres actos todos los meses? ¡Ay, amigo mio! los teatros son especies de tormentos, donde se saca el genio de quicio.

ALF. Con el riesgo de ser alguna vez silbados.

CELINI. Eso es precisamente lo que me ha sucedido: yo he vivido largo tiempo con una docena de ideas... Vos sabeis que una idea puede presentarse de mil maneras: se pone el principio al fin, el medio al principio, y el público llama á esto fecundidad. Por espacio de tres años he vivido así; pero al fin se ha apercibido de que daba gato por liebre, y me ha silbado.

ALF. ¿Y qué habeis hecho?

CELINI. Me he decidido á viajar para regenerar mis inspiraciones y buscar tipos nuevos. La verdad es que en este momento el que está enfermo y viene á tomar los baños, no soy yo, sino el teatro de Milan.

ALF. ¿Y creeis que ese medio os dará resultado?

CELINI. Estoy seguro. Aquí se deben hallar tipos originales; se deben oir anécdotas curiosas, y se deben descubrir intrigas sorprendentes. No os quepa duda; en estos sitios se representan cincuenta comedias todos los dias y otros tantos dramas: extraño ha de ser, pues, que no dé con alguno; por ahora, y por lo que sea cuenta, he adoptado el papel de espia.

ALF. ¿Y qué habeis descubierto?

CELINI. No habiendo llegado hasta anteayer, os reireis si os digo que tengo ya el hilo de una intriga.

ALF. (Con aire de incredulidad.) ¡Bah!

CELINI. Escuchad. (Bajando la voz y echando una mirada por la escena.) Anoche, no pudiendo dormir, á causa de la agitacion del viaje, bajé al jardin: vos conoceis el pabellon que hay entrando por la derecha.

ALF. Sí.

CELINI. Pues bien; acababa de llegar allí é iba á pasar adelante, cuando oí de pronto cerrarse bruscamente una puerta ó una ventana: me detengo, y me encuentro cara á cara con un desconocido.

ALF. ¿Qué decis?

CELINI. Al verme se queda cortado, hace un movimiento para hablarme, pues parecia contrariado, vuelve de repente la espalda y desaparece.

ALF. ¿Le visteis bien?

CELINI. Como os veo á vos. La luna despedia una luz clara y magnífica.

ALF. ¿Y le reconoceriais?

CELINI. No; que le he reconocido ya.

ALF. ¿Cuándo?

CELINI. Esta mañana le he encontrado entre los bañistas.

ALF. ¿Sabeis su nombre?

CELINI. Se llama Marliano.

ALF. (Levantándose vivamente.) ¡Cielos! ¿y estais seguro que salió del pabellon?

CELINI. Al ménos, así me pareció.

ALF. (¿Será posible?)

CELINI. Ya veis que no he perdido el tiempo: estoy en camino de descubrir un *imbroglio* amoroso que puede darme excelentes escenas. Hasta el presente, nadie sabe quién es ese buen señor: por todas partes se le ve seguir á la marquesa de Alcanzo, la cual parece que le huye. Al principio yo creia que era su marido, pero me he engañado; este es un secreto que es preciso que vos me ayudeis á descubrir. Mientras tanto, y con vuestro permiso, voy á probar estas pistolas que he comprado esta mañana. ¿Me quereis acompañar?

ALF. Gracias.

CELINI. Pues hasta luego. (Váse.)

ABF. Adios.

ESCENA II.

ALFIERI.

¡Un secreto!... sí... ya hace dias que busco su explicacion y no la encuentro... Pero ese hombre ¿qué superioridad ejerce sobre ella, que siempre la veo someterse á sus caprichos y á sus más leves indicaciones? Si es su amante, ¿cómo es que le teme? si es un extraño. ¿por qué le obedece? si es su marido, ¿porqué no viven unidos?... Cuantas veces le he dirigido la palabra sobre este asunto, Blanca se ha negado á darme explicaciones... Hace quince dias que ese hombre ha llegado, y nada se ha descubierto acerca de su verdadera posicion. Por otra parte, lo que acaba de referirme Celini ha hecho nacer una sospecha en mi mente que está desgarrando mi corazon. ¡Ah! creer en la pureza del objeto que se ama no basta; es preciso que no sea discutida por el espíritu... Pero ¿quién es ese Marliano? ¿se le debe temer ó despreciar? ¡Oh! yo prometo descifrar pronto este enigma: aquí viene Blanca.

ESCENA III.

ALFIERI y BLANCA.

BLANCA. (¡Cielos!) (Al ver á Alfieri se detiene y da un paso atrás.)

ALF. ¿Huis de mí, marquesa?

BLANCA. (Adelantando hácia el proscenio.) No tal; ¿por qué?

ALF. ¿Creeis que soy ciego? En muchos dias no he podido veros hasta ahora, y ahora queriais huir.

BLANCA. ¿Y estais bien seguro de que la culpa es mia?

ALF. No lo afirmaré, pero tampoco vos dudareis de mi amistad.

BLANCA. ¿Y por qué no? Yo sé que mi llegada os contrarió, y sé tambien que abrigais algunas prevenciones contra mí.

ALF. Señora...

BLANCA. ¡Oh! no lo negueis: más aun, sé que la necesidad de esperar unas cartas es lo que ha podido reteneros aquí y os ha obligado á sufrir mi presencia. Ya veis, pues, que está justificada mi reserva para con vos.

ALF. Ignoro quién ha podido instruiros de esos detalles; pero como quiera que yo no sé negar mis faltas ni ocultar mis pensamientos, voy á deciros la verdad. Cuando llegasteis, no puedo negaros que vuestro nombre me produjo una penosa sensacion, que no he tratado de ocultar: no obstante, me ha bastado veros para que mis prevenciones se hayan disipado.

BLANCA. ¿Y podré saber qué prevenciones eran esas?

ALF. Negarme á decíroslas, seria haceros creer en alguna suposicion injuriosa.

BLANCA. Entónces...

ALF. Lo único que hay es, que vuestra vista me ha traido á la mente un recuerdo doloroso.

BLANCA. ¿Y cuál es?

ALF. El de un compañero de estudios con el cual me he criado y á quien amaba como á un hermano. Él vivia en Génova, y de tarde en tarde recibia alguna carta suya. Hace cerca de un año, supe que amaba á una jóven noble y hermosa: le escribí dos veces y no logré obtener respuesta: por fin... recibí una carta de su madre...

BLANCA. ¿Y qué?...

ALF. Su amor le habia sido funesto: un rival le habia muerto.

BLANCA. ¿Y cómo se llamaba ese amigo?

ALF. Julio Aldi.

BLANCA. (Turbada.) ¡Ah!

ALF. Entónces fué cuando oí pronunciar vuestro nombre por la primera vez.

BLANCA. Callad, por favor.

ALF. Perdonad, señora: vos comprendeis que necesitaba justificarme.

BLANCA. ¡Ah! ahora lo comprendo todo: vos debeis aborrecerme.

ALF. No lo creais; sé que habeis hecho cuanto era dable para impedir ese duelo, del cual fuisteis la causa inocente. La falta no fué vuestra y la madre de Aldi os hace justicia: no era á vos á quien ella acusaba en su dolor, sino á su hijo, á quien una loca temeridad habia arrojado delante de la espada del insolente baron de Rocca. ¡Ah! ¡cuántas veces yo mismo le he culpado de haber expuesto voluntariamente á los azares de un duelo una vida llena de porvenir! Sin embargo, yo no sabia entónces cuánta cólera pueden inspirar los celos: ahora comprendo que Aldi haya preferido una muerte casi cierta á sufrir esa tortura, porque yo, hombre de pensamiento y de delirios, que jamás he tocado una espada, siento desde algunos dias deseos de batirme: cien veces he tenido la palabra desafio en mis labios, y cien veces hubiera querido encontrarme un arma en la mano, comprendo el peligro de mi vida por el derecho de amar solo.

BLANCA. ¡Alfieri!

ALF. ¡Oh! no temais nada; he encerrado mi cólera en el fondo de mi corazon: ¿con qué derecho podria llamarme rival de nadie? los celos no son permitidos más que aquellos que pueden esperar amor.

BLANCA. ¿Y por qué no lo podeis esperar vos?

ALF. (¡Cielos! ¿será una esperanza?) ¿Y vos me lo decís? Blanca, yo sufro mucho.

BLANCA. Pero ¿qué teneis?

ALF. ¿Y me lo preguntais?... ¡ah! ¿no sabeis cuál es mi mal y lo que necesita para curarse? Pues no pide más que un poco de cariño. No há mucho creí haberlo encontrado; pero bien pronto me he convencido de que mi esperanza era insensata.

ESCENA IV.

DICHOS y MARLIANO.

BLANCA. ¿Qué sabeis vos?

ALF. ¡Blanca! ¿será posible? ¿he comprendido bien? (Cogiéndole una mano.) Por favor, ¡acabad!

BLANCA. Sí... (Dirigiendo una mirada por la escena y viendo á Marliano.) ¡Ah! (Sentándose.)

ALF. ¿Qué os pasa?... (¡Oh! comprendo...) Dios os guarde.

MARL. (Con sequedad.) Y á vos. (Saludando.) Señora marquesa...

BLANCA. (Visiblemente turbada.) Señor...

MARL. Ya no recordais mi nombre: gracias.

BLANCA. (Á Marliano.) (Por piedad...)

ALF. (Esto es increible: se ha puesto pálida... ¡qué emocion! ¿por qué tiembla delante de ese hombre? ¡qué misterio se encierra aquí? ¡oh! yo lo descubriré.) Señora... (¡Cómo le mira!)

BLANCA. ¿Qué?

ALF. ¿No bajais á pasear por el jardin esta tarde? me ofrezco á acompañaros.

BLANCA. Gracias... me quedo... no me siento bien... pero no quiero que vos desistais de vuestros proyectos por mí...

ALF. Mis proyectos son los vuestros: ya sabeis que las solas horas dulces de mi vida, son aquellas que paso cerca de vos.

BLANCA. Veo que sois tan fuerte en el madrigal como en la tragedia.

ALF. No hagais uso de una galantería para negar que comprendeis la sinceridad de mi afecto. Vos no habeis podido dejar de notar el cambio que vuestra presencia ha operado en mí; ántes de conoceros era desgraciado, estaba triste y me fatigaba oir á mi alrededor ese vano ruido que se llama gloria. Os he visto, y tristeza, fatiga, todo ha desaparecido.

BLANCA. ¡Caballero!... (Con temor y mirando alternativamente á Alfieri y á Marliano.) ¿Ois, amigo? Alfieri está inspirado esta tarde.

ALF. Observo que he sido inoportuno y hasta inconveniente, pues estas declaraciones no se hacen de ordinario delante de testigos. Dispensad.

MARL. Yo debo creerme feliz por inspiraros bastante confianza para que hagais públicos los sentimientos de vuestro corazon estando yo presente.

ALF. Yo celebro que vos podais oirme. (Recalcando la frase.)

MARL. (Con ironía.) Quien debe celebrarlo soy yo. Ademas, un gran poeta encuentra, para hacer hablar su pasion, una elocuencia que los otros buscarian vanamente en su amor.

ALF. (¿Se burla de mí?...) ¡Caballero!...

BLANCA. Basta, basta de galanterías: no quiero que hoy falteis por mí á vuestro paseo.

ALF. (Quiere que me vaya.) Señora...

BLANCA. Traedme un ramito de siemprevivas.

ALF. Pero...

BLANCA. (Con ademan suplicante.) Os lo suplico.

ALF. (Dudando.) Sea. Quedad con Dios. (Saluda á Blanca y dirige una despreciativa mirada á Marliano: éste quiere seguirle, pero Blanca le detiene.)

ESCENA V.

BLANCA y MARLIANO.

BLANCA. ¡Marliano!... (Mudando de tono.) Me habiais prometido acompañarme.

MARL. (Volviendo.) Teneis miedo por él.

BLANCA. (Sentándose con desfallecimiento.) ¡Ah!

MARL. Quiero complaceros, al ménos para que me tengais que agradecer algo.

BLANCA. (La pena me ahoga; esto debe concluir.)

MARL. Ya lo habeis visto; he dejado que os hablase de su

amor; he sufrido sus insultos, pues ha tenido la audacia de provocarme, y he sido bastante prudente para que me crea un cobarde; esto, ¿no os basta?

BLANCA. No; quiero evitar escenas de esta naturaleza, y para ello es preciso que yo parta; no puedo permanecer aquí por más tiempo; quiero volver á Génova.

MARL. Me es indiferente.

BLANCA. (Con entereza.) ¿Os es indiferente? Pues bien, sí; vuelvo á Génova, pero para renunciar al mundo. Ya lo he pensado bastante, me he decidido, y quiero retirarme á un convento.

ESCENA VI.

DICHOS y CELINI: este al entrar ve á Blanca y á Marliano, y se oculta detrás de la puerta.

CELINI. (¡Hola! aquí los dos; observemos.)

MARL. ¿Qué decis? ¿vos entrar en un convento?

CELINI. (¡Un convento! ya veo aquí una escena interesante.)

BLANCA. Mi resolucion es irrevocable.

MARL. Eso es imposible: tan jóven, tan bella, ¿quereis encerraros en una eterna prision?

BLANCA. ¿Acaso gozo de mucha libertad en el mundo?

MARL. Bien; por huir de mí, huis de la sociedad.

BLANCA. Y cuando así fuese, ¿no me habeis obligado á ello?

MARL. Pero ¿qué os he hecho yo?

BLANCA. ¿Y vos me lo preguntais? (Con indignacion.) El baron de Rocca ha olvidado, por ventura, todo lo que ha pasado?

CELINI. (¡El baron! ¡bravísimo! esto es un efecto seguro.)

BLANCA. ¿No habeis trazado alrededor de mí un círculo fatal que ninguno ha podido pasar sin morir? ¿Me preguntais lo que me habeis hecho, cuando os habeis aprovechado de vuestra odiosa habilidad en las armas, para convertiros, sin derecho, en mi guardian, y pedir cuenta de sus sentimientos á cuantos se me acercan? Sin familia y sin amigos, no he podido encontrar proteccion contra

esta tiranía, en los que habrian tenido valor para defenderme, porque esto hubiese sido exponerles á una muerte cierta. ¡Ah! vos habeis esperado que los que me rodeaban os provocasen, para ser dueño de elegir las armas é imponer las condiciones, y poder herirles ó matarles á mansalva, como al infortunado Aldi... Vos me teneis así desde hace tres años, temblando bajo vuestra mirada, recibiéndoos por temor, y alejando á mis amigos por prudencia: ¿y me preguntais todavía lo que me habeis hecho?

CELINI. (¡Admirable!)

MARL. ¿Y por qué no me habeis amado? Si hubieseis correspondido á mi amor, la dicha hubiese dulcificado mis sentimientos, pero vos habeis exasperado mi alma. Esta habilidad que tengo en las armas, y que vos me reprochais, me la ha obligado á adquirir el mundo; tenia necesidad de una defensa contra el desprecio, y me hice hábil en matar. Mas tarde lo que habia sido cálculo, se convirtió en hábito, y he concluido por poner mi honor en una ciencia, de la cual no habia querido hacer más que mi salvaguardia. ¡Ah! yo os ví y os amé: pero mi amor fué rechazado: yo ví vuestro desprecio á través de vuestro miedo. Ademas, ¿qué hubiese conseguido con haber dejado á otro la dicha que me negais?... Nada; os habriais reido de mí en los brazos de un rival preferido, y eso es lo que no he querido.

BLANCA. Y ¿he de ser siempre esclava de vuestra pasion?

MARL. Os amo y estoy celoso.

BLANCA. Pero yo, yo no os amo. (Con fuerza.)

MARL. ¡Ah! ya lo sé, ya lo sé; y no obstante, este amor podria hacer cambiar mi vida y matar mi pasado. (Cogiéndole las manos á Blanca.) ¡Os amo tanto, Blanca!... ¿por qué no teneis piedad de mí?

BLANCA. Soltad!... dejadme!...

MARL. ¿Qué es preciso hacer para que me escucheis?

BLANCA. Nada; dejarme.

MARL. Blanca, vos no podeis negaros siempre á mis ruegos: os

amo demasiado para que no acabeis por ser mia.

BLANCA. ¡Un convento ántes! (Con altivez.)

MARL. Os arrancaré de él. (Con fuego.)

BLANCA. La tumba entónces. (Con decision. Pausa lijera.)

MARL. Bien; amais á Alfieri... no añadais una palabra. Mañana partireis para Génova, señora.

CELINI. ¡Ejem! (Tosiendo por dentro.)

BLANCA. ¡Caballero!...

MARL. Callad; viene gente. Dadme el brazo y salgamos.

ESCENA VII.

LOS MISMOS y CELINI, con la caja de pistolas.

CELINI. ¡Por ventura, molesto?... (Al ver que Blanca y Marliano se dirigen hácia el foro.)

BLANCA. No tal. (Saluda y váse con Marliano.)

CELINI. (Se queda contemplándolos hasta que desaparecen por la puerta del foro: despues, se dirige á la mesa y deja la caja de pistolas.) Estoy asombrado... Lo he oido, y aun no me atrevo á dar crédito á lo que he escuchado. Marliano, el prójimo que me encontré anoche en el jardin, es el baron de Rocca... ¡Qué desgracia!... ¿Cómo escribir un drama sobre los sucesos que acabo de presenciar, y que por cierto me produciria mucho *tanti cuanti*, sin temer que ese baron, ese espadachin insolente me inutilice para el teatro y hasta para el mundo? Esto es cuestion de consultarlo con Alfieri, ya que él está tambien interesado en el negocio... Voy á buscarle... Pero... ¿no es aquel?... (Mirando por la ventana.) Sí... él es... ¡Eh! ¡Alfieri!... ¡mi respetable maestro!... Ya me ha oido. ¿Quereis tomaros la molestia de subir? tengo que comunicaros noticias importantes... Os interesan más que á mí... He descifrado el enigma... ¡Bravo! ya sube: ahora veremos qué determinacion toma y qué es lo que me aconseja.

ESCENA VIII.

CELINI y ALFIERI.

ALF. Ya me teneis aquí, ¿qué es lo que pasa?

CELINI. He descubierto el misterio: lo sé todo.

ALF. Pero ¿á qué os referis?

CELINI. ¿No lo sospechais?

ALF. Por ventura...

CELINI. Es un drama colosal, magnífico, y presiento que vais á hacer en él el papel de protagonista.

ALF. Vaya, explicaos: ¿de quién me teneis que hablar?

CELINI. De la marquesa y de Marliano. (Bajando la voz.)

ALF. ¿Será posible?... ¿Habeis hablado con ellos?

CELINI. No.

ALF. Entónces...

CELINI. Los he sorprendido.

ALF. ¡Sorprendido! ¿y cómo?

CELINI. Oid. Venia de probar las pistolas, cuando al llegar á la puerta ví que estaban hablando con gran animacion la marquesa y Marliano. Ya sabeis que la discrecion no es mi virtud favorita; así que, como estaba incitada mi curiosidad por lo que anoche me pasó en el jardin, y que ya os he contado, me quedé detrás de la puerta con ánimo de oir y de verlo todo. Á las pocas palabras que cruzaron nuestros personajes, comprendí que allí se encerraba un drama, pero ¡qué drama!...

ALF. Bien; vamos al asunto.

CELINI. Atended, pues, y observad las peripecias, las situaciones y los efectos que se pueden sacar y aprovechar de la dicha conversacion. En primer lugar, Marliano no es Marliano.

ALF. ¿Qué decis?

CELINI. En segundo lugar, la marquesa aborrece cordialmente á ese hombre.

ALF. ¡Qué oigo!

CELINI. En tercer lugar, creo que la marquesa os ama, pero...

ALF. ¿Qué?... concluid.

CELINI. Ese hombre es un obstáculo para que ella pueda manifestaros su cariño.

ALF. ¡Ese hombre! ¿y quién es ese hombre?

CELINI. Es... (Arrojando una mirada por la escena.) es... el baron de Rocca.

ALF. ¡El baron de Rocca!

CELINI. Él mismo en persona.

ALF. ¡Ah! entónces ya lo comprendo todo; ya están disipadas todas mis dudas; ya me explico la turbacion de la marquesa á su llegada, su temerosa sumision... ¡Ah! ¡qué feliz soy! ¡qué feliz me habeis hecho, Celini!

CELINI. Pero aun no he terminado.

ALF. Decid ahora cuanto querais: ya nada me importa, puesto que soy dichoso.

CELINI. Pues bien, la marquesa ha prometido á Marliano, ó mejor dicho, al baron...

ALF. ¿Qué ha prometido?

CELINI. Que mañana saldrá para Génova.

ALF. ¿Ella partir?... ella no partirá; yo lo quiero. ¡Ah! bendita sea la suerte que me ha hecho descubrir la verdad. Esta vez el baron de Rocca encontrará una voluntad firme y decidida entre él y la mujer que oprime.

CELINI. Pero ¿olvidais que la lucha es desigual? vos no sabeis manejar ningun arma, y ese hombre, en un caso arriesgado, está seguro de mataros.

ALF. ¿Y qué me importa?

CELINI. Es claro; en este momento sois demasiado feliz para pensar en vuestra vida: únicamente cuando el mal esté hecho, comprendereis que, por dejaros llevar de un sentimiento demasiado noble en estas circunstancias, la marquesa sin vos queda sin defensa.

ALF. Teneis razon; pero ¿acaso tengo necesidad de batirme con ese hombre para librar á la marquesa de su persecucion? ¿no basta con publicar la verdad?

CELINI. No; es injuriosa para el baron, os provocará y no po-

dreis negaros á darle una satisfaccion, pues de lo contrario os dirá que teneis miedo.

ALF. Yo me negaré á dársela.

CELINI. Entónces, os matará, y en nada habrá cambiado la situacion de la marquesa: es un círculo vicioso que os conduce siempre al mismo punto.

ALF. ¡Ira de Dios!... Conque, porque un hombre sea hábil en matar, podrá obligarnos á hacernos callar ó á morir; y si me niego á hacerme asesinar por un miserable, mil voces gritarán que soy un cobarde, y mi celebridad no servirá más que para publicar mi vergüenza y hacer que el desprecio sea mayor!... ¡Ah! puesto que la vida no es más que una lucha de gladiadores ¿por qué no he de ir yo tambien á verter mi sangre? ¿para qué me sirve lo que soy y lo que sé?... ¡Dios mio!... Mi génio, mi gloria, todo lo daria en este momento por tener la destreza de un maestro de armas!... (Queda pensativo.)

CELINI. ¡Bravo! ¡magnífico!... (¡Si yo pudiera utilizar este parlamento!...)

ALF. Sí, sí; es preciso que así sea; ¡es el único medio! (Como tomando una determinacion.)

CELINI. ¿Qué vais á hacer?

ALF. Pronto lo sabreis. (Váse.)

ESCENA IX.

CELINI.

¡Cómo! ¿os vais?... (Siguiéndole y hablando desde la puerta.) Os encargo sobre todo que penseis mucho lo que vais á hacer... No vayamos á salir ahora de Scila para caer en Caribdis... (Volviendo al proscenio.) Y la verdad es que esto que no pasa de ser un drama, va á terminar trágicamente. ¡Dios quiera que no tenga consecuencias funestas!... Por ahora, y mientras vuelve Alfieri, sentémonos, que el paseo me ha cansado. (Se sienta.) Perfectamente. (Arrellanándose en un sillon.) ¡El baron de

Rocca!... vamos, no puedo quitármelo del pensamiento... (Cogiendo maquinalmente un lib o de la mesa.) ¡Pobre marquesa!... ¡Bah!... (Repara en un libro de la mesa.) ¿Qué libro será este? (Leyendo la portada.) ¡Maquiavelo!... ¡oh! mi obra favorita!... Entónces, ya tengo ocupacion hasta que venga Alfieri.

ESCENA X.

CELINI, leyendo, y MARLIANO.

MARL. (Aquí me ha dicho que la espere...) (Se dirige al extremo opuesto de donde está Celini. Pausa.)

CELINI. ¡Magnífico!...

MARL. ¿Quién... ¡Ah! (Viendo á Celini.)

CELINI. ¡Hola! ¿sois vos?... no sabia que estabais ahí. (¿Por dónde diablos ha entrado este hombre?) Siento haberos distraido...

MARL. Podeis continuar.

CELINI. (Este hombre es un tipo notable.) Os advierto que yo me entusiasmo con frecuencia leyendo este libro.

ESCENA XI.

DICHOS y ALFIERI.

MARL. ¿Cuál es su autor?

CELINI. Maquiavelo.

MARL. No le conozco.

CELINI. ¿Quereis leerlo?

MARL. Yo no leo jamás.

CELINI. (¡Habrá bárbaro!)

ALF. (Con acento reposado.) Haceis bien: ¿qué pueden enseñar los libros á los hombres de cierta clase?

CELINI. Que digais eso me extraña: vos deberiais entónces, mi querido Alfieri, no fatigaros la vista en leer todas las noches.

ALF. ¡Oh! yo es otra cosa; yo soy un poeta, un loco: admiro

á Homero, á Cervantes, á Camoens y al Dante; tomo por lo serio palabras ridículas, como son, las de patria, libertad y amor: sueño en un mundo en que las recompensas son para los más dignos; el poder para los más desinteresados, y la dicha para todos... Yo soy un necio, en tanto que este caballero es un sabio.

MARL. (Me está insultando.) No acepto vuestros elogios; pero dejo á los que son más hábiles que yo, á los que se dan, segun creo, el nombre de filántropos y filósofos, el cuidado de rehacer el mundo, como una pieza de teatro. (Con ironía.)

ALF. ¿Y hablais de habilidad á propósito de filosofía y de filantropía? (Con intencion.) Es demasiada indulgencia la vuestra: los hombres que quieren el bienestar del género humano, los miserables que aman á sus semejantes como á ellos mismos, son los necios que tienen corazon; los hábiles son aquellos que se aprovechan de los abusos en lugar de combatirlos; los que cubren sus vicios con el manto hipócrita de la virtud; los que sacan provecho en todas las desgracias; los egoistas infames que serian capaces de poner fuego á la patria, por el placer de calentarse en él las manos. Hé aquí los que saben vivir, los que es preciso imitar.

MARL. (Me provoca: es necesario evitar un duelo.) (Cogiendo el sombrero y dirigiéndose hácia el foro.)

ALF. Dispensad, si acaso sin querer he atacado vuestras opiniones: sentiria obligaros á cederme el lugar.

MARL. (Volviendo y echando el sombrero en una silla.) Yo no cedo el lugar á nadie.

CELINI. (Esto se complica: el drama comienza á darme serias inquietudes.)

MARL. (Se habrá acercado á la mesa donde ha dejado Celini la caja de pistolas, y distraidamente la abre.) ¡Ah! (Con alegría.) (Este es el único modo de terminar esta conversacion.) (Saca una pistola.)

CELINI. ¿Os gustan esas pistolas?

MARL. Sí, ¿me permitis probarlas?

CELINI. Con mucho gusto. (Marliano se acerca á la ventana.) Pero ¿á qué os apuntais? es ya casi de noche.

MARL. Á aquella flor que sobresale ahí enfrente; creo que es una camelia.

CELINI. ¿Allá abajo?

MARL. Sí. (Dispara la pistola.)

CELINI. ¡Ah!... estoy asombrado.

MARL. La flor ha desaparecido. (Separándose de la ventana y dejando la pistola en la mesa.)

ALF. (Se ha creido que me ha intimidado.)

CELINI. Pues, señor mio, si alguna vez tuviera que batirme con vos, no elegiria la pistola.

ALF. ¿Por qué? ¿por lo de la flor?

CELINI. No: por mí.

ALF. ¡Bah!... no es raro ver cómo desaparece esa habilidad que admira en medio del peligro. (Marliano hace un movimiento.) No lo digo esto por vos: pero la verdad es, que el espadachin más audaz, no sostiene siempre la mirada de un hombre de corazon, y alguna vez le hace temblar su mano la conciencia. Algunos hay que hacen gala de su habilidad á fin de evitar una lucha séria, y no dan una prueba de destreza más que para dispensarse de una prueba de valor.

MARL. (Con rabia.) ¡Caballero!

ALF. (Sonriéndose maliciosamente.) No digo esto por vos.

MARL. Esa seguridad es inútil; sin embargo, yo sé que vos no os atreveriais á dirigirme directamente tales palabras. Los poetas son prudentes, y no insultan más que por alusion; no provocan sino detrás de una precaucion oratoria; y cuando se les hace ver que su insolencia es conocida, entónces tratan de desdecirse, y en la necesidad de llegar á un caso extremo, invocan su mala salud para evitar un lance de honor.

ALF. Vos no direis eso por mí ¿no es cierto?

MARL. Sed vos vuestro juez.

ALF. ¡Oh! no; porque si así fuera, el caballero Marliano sabe muy bien que podria pedirle una satisfaccion.

MARL. ¿Quién os lo impide?

ALF. Entonces ¿reconoceis que tengo ese derecho? ¿que vuestros ultrajes se dirigen á mí? ¿que yo soy el insultado?

MARL. Sea.

ALF. (Acercándose á Mariano y cogiéndole del brazo.) Caballero, tengo la eleccion de armas.

MARL. ¿Qué me importa?

ALF. Vais á verlo. (Cogiendo las pistolas y presentándoselas.) Elegid.

MARL. Pero una de esas pistolas está vacía.

ALF. La otra está cargada.

MARL. ¡Qué!... ¿vos quereis batiros?...

ALF. El arma de cada uno de nosotros sobre el pecho de su adversario y Dios decidirá.

MARL. ¡Es imposible!

CELINI. Pero amigo...

ALF. Caballero, yo soy el insultado, vos lo habeis dicho: tengo el derecho de imponer las condiciones, vos lo habeis dicho tambien: por lo tanto, vos no podeis negaros sin ser un cobarde. Las preocupaciones sociales que os han servido para vuestros fines tantas veces, se revuelven hoy contra vos. Vos esperabais que sirviera, como tantos otros desgraciados, de blanco á vuestra bala ó á vuestra espada, é imaginabais que podriais abatirme sin peligro, sonriendo, como á esa flor; pero os habeis engañado, baron de Rocca.

MARL. ¿Sabeis mi nombre?

ALFI. Sí, y no creais que renuncio á mis ventajas. Yo no me bato por hacer gala de bravura ó de generosidad, me bato por librar á la marquesa de vuestras persecuciones, me bato porque quiero mataros.

MARL. Vuestra esperanza puede salir fallida.

ALF. Lo sé; pero cualquiera que sea el éxito del duelo, Blanca ya no tendrá que temer nada de vos, porque tengo tomadas mis precauciones. Mi última voluntad está escrita: si sucumbo hará conocer á toda la Italia la causa

de mi muerte. Habré comprado con mi sangre el derecho de decir lo que sois y se me creerá, porque se sabe que los muertos no calumnian, y se me compadecerá porque no tendré envidiosos. Mis mismos enemigos exaltarán mi gloria: vuestra celebridad funesta vivirá unida á la mia para hacerla más ignominiosa y sereis por siempre infame por haberme muerto. Yo habré roto así el yugo que habeis impuesto á la marquesa: colocada bajo la salvaguardia de la opinion pública no tendrá ya nada que temer de vos, y nadie tendrá necesidad en adelante de morir para defenderla, porque no gozareis el privilegio acordado á los que se cree hombres de honor y podrán negarse á daros una satisfaccion.

MARL. Basta! basta! (Fuera de sí.) Es preciso que uno de los dos muera ¡venid!

ALF. Estoy dispuesto.

CELINI. (Deteniéndolos.) No os batireis, señores, sin testigos.

ALF. Vos sereis el mio: el baron que nombre el suyo.

MARL. Al momento.

CELINI. Hora.

ALF. Las ocho, que están próximas á dar: sitio en el jardin; ya lo sabeis.

MARL. Estaré allí ántes que vos. (Váse Celini, coge las pistolas y sale con Marliano.)

ESCENA XII.

ALFIERI.

¡Ah!... no puedo más. La partida de muerte está empeñada; dentro de un instante todo habrá concluido... En este momento siento toda la gravedad del paso que acabo de dar... ¡Cuántas dudas é inquietudes se levantan ahora en el fondo de mi corazon!... ¿Quién llorará mi muerte? ¿se notará el vacio que deje? ¿vibrará largo tiempo en alguna parte mi nombre?... ¡Ah! y este mundo de ideas que siento bullir en mi mente perece-

rá conmigo?... Yo no debo pensar en esto: yo amo y soy correspondido, así me lo ha dicho Celini; pero ¿esta creencia incierta es bastante? ¿no puede haberse engañado?... ¡Si yo pudiera esclarecer esta duda!... Seguro de ser amado afrontaria con más calma esta lucha, y la solemnidad lúgubre de esta hora desaparecería ante la certeza de vencer. ¡Ah!... (Queda abismado en sus pensamientos.)

ESCENA XIII.

ALFIERI y BLANCA, lleva un libro en la mano.

BLANCA. (No es él!... es Alfieri!) Pensativo estais, amigo...

ALF. ¡Blanca!... ¿vos aquí?

BLANCA. Sí, con vos, aunque ántes tambien lo estaba.

ALF. ¡Pues!

BLANCA. Mirad; (Enseñándole el libro que trae en la mano.) el último tomo de poesías que habeis publicado. Vuestros libros, Alfieri, son para mí amigos que no puedo olvidar nunca.

ALF. Tambien soy celoso de eso, señora.

BLANCA. ¿Celoso de vuestros libros?

ALF. Sí; porque á ellos es á quienes se ama y no á mí: ántes de conocerme se me busca en mis obras, se me adivina á través de mi poesía, se me sueña parecido á los héroes que pinto, y despues, cuando se ve un hombre parecido á los demas, se admiran, se alejan y el ídolo cae de la altura á que le habian levantado: y si no, vos misma confesadlo; amais al poeta y no al hombre: leeis mis versos y huis de mí.

BLANCA. Yo... no...

ALF. ¡Oh! no lo negueis, señora... Sin embargo, por un momento he creido haber tocado vuestro corazon y me ha halagado esta esperanza.

BLANCA. Alfieri... (Turbada.)

ALF. ¡Oh! hablad, hablad; ¿por qué tanto temor? Ya sabeis que yo os amo; si este amor no os es odioso ¿por qué

no lo confesais? ¿por qué negarme esa dicha que tal vez sea la última de mi vida?

BLANCA. ¿Qué decis?

ALF. ¿Quién conoce los designios de Dios?... Ademas ¿no sabeis la prediccion que me hicieron siendo niño?

BLANCA. ¡Oh! no la recordeis.

ALF. ¿Por qué?... Si ella debe realizarse, si efectivamente os veo en este momento por la última vez... ¿me negareis una mirada para hacerme feliz?... Blanca, ¿vos temblais? Por favor, una palabra, una sola palabra, ¿me amais?...

BLANCA. ¡Y me lo pregunta? (Maquinalmente.)

ALF. (Arrojando un grito de alegría.) ¡Ah!... gracias Dios mio!...

BLANCA. Si vos sabiais...

ALF. Nada, yo no quiero saber nada, sino que vos me amais... Ahora, que mi suerte se cumpla. (Dá un reloj las ocho.) ¡Ah!... Adios, Blanca! (La contempla un instante y váse precipitadamente.)

ESCENA XIV.

BLANCA.

(Blanca queda inmóvil; momentos de silencio.) Se ha ido... Despues de confesarme su amor y saber que era correspondido!... Extraño proceder... ¿Por ventura habrá querido evitar la presencia del baron?... ¿Será... no, no, eso no puede ser... No obstante, el baron de Rocca debia esperarme aquí, y no ha venido; esta falta no sé á que atribuirla... ¡Dios mio! siento una emocion que me inquieta... ¿qué vago temor es este que se apodera de mí?... Sí, sí... Alfieri estaba turbado, conmovido... ha sonado el reloj, y ha huido precipitadamente... ¡Ah! no me cabe duda: han ido á batirse!... mi corazon me lo dice... Pero ¿á estas horas? no es posible... ya ha anochecido... (Asomándose á la ventana y prestando oido.) No se oye nada; pero... no, es la brisa que hace gemir las copas de los árboles.. todo es silencio.. sólo está tran-

quilo mi corazon... Esta calma me mata... ¡Oh! me parece que hablan en el jardin... sí.. ¡ese ruido!... mi cabeza arde... ¡cielos! tened piedad de mí!... (Oyendo.) Nada... (Se oye un pistoletazo.) ¡Ah! (Dá un grito y se apoya desvanecida en el antepecho de la ventana.)

CELINI. (Dentro.) ¡Un médico! pronto... ¡al jardin!...

BLANCA. ¡Ha muerto! No, no!... La pena me ahoga, el corazon quiere saltar del pecho... ¡Dios mio!... ¿quién... quién...

ESCENA ULTIMA.

BLANCA Y ALFIERI.

ALF. (Se detiene á la puerta del foro pálido y con la respiracion entrecortada.)

BLANCA. ¡Alfieri! (Extendiendo los brazos y cayendo de rodillas.)

ALF. Rogad por él! (Se acerca á Blanca, la estrecha la mano y queda en actitud de orar. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora:
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Látiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Malaga.	P. Vinent.
Manila (Filipinas).	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Mataró.	A. Olona.
Mondoñedo.	N. Clavell.
Montilla.	Viuda de Delgado.
Murcia.	D. Santolalla.
Ocaña.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Orense.	V. Calvillo.
Orihuela.	J. Ramon Perez.
Osuna.	J. Martinez Alvarez.
Oviedo.	V. Montero.
Palencia.	J. Martinez.
Palma de Mallorca.	Hijos de Gutierrez.
Pamplona.	P. J. Gelabert.
Pontevedra.	J. Rios Barrena.
Priego (Cordoba.)	J. Bucceta Solla y Comp.
Puerto de Sta. Maria.	J. de la Gámara.
Puerto-Rico	J. Valderrama.
Requena.	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Reus.	C. Garcia.
Rioseco.	J. Prius.
Ronda.	M. Prádanos.
Salamanca.	Viuda de Gutierrez.
San Fernando.	R. Huebra.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Gay.
Sanlúcar.	J. Aldete.
San Sebastian.	I. de Oña.
S. Lorenzo. (Escorial.)	A. Garralda
Santander.	S. Herrero.
Santiago.	C. Medina y F. Hernandez.
Segovia.	B. Escribano.
Sevilla.	L. M. Salcedo.
Soria.	F. Alvarez y Comp.
Talavera de la Reina.	F. Perez Rioja.
Tarazona de Aragon.	A. Sanchez de Castro.
Tarragona.	P. Veraton.
Teruel.	V. Font.
Toledo.	F. Baquedano.
Toro.	J. Hernandez.
Trujillo.	L. Poblacion.
Tudela.	A. Herranz.
Tuy.	M. Izalzu.
Ubeda.	M. Martinez de la Cruz
Valencia.	T. Perez.
Valladolid.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Vich.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vigo.	Soler, Hermanos.
Villanueva y Geltrú.	M. Fernandez Dios.
Vitoria.	L. Creus.
Zafra.	J. Oquendo.
Zamora.	A. Oguet.
Zaragoza.	V. Fuertes.
	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.